

32º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 25,1-13.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

-El Reino de los Cielos se parecerá a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo.

Cinco, de ellas eran necias y cinco eran sensatas.

Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite; en cambio, las sensatas se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas.

El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.

A medianoche se oyó una voz:

-«¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!»

Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las sensatas:

-«Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas.»

Pero las sensatas contestaron:

-«Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis.»

Mientras iban a comprarlo llegó el esposo y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.

Más tarde llegaron también las otras doncellas, diciendo:

-«Señor, señor, ábreños.»

Pero él respondió:

-«Os lo aseguro: no os conozco.»

Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora

DESPIERTOS Y PREPARADOS

En este domingo, el Evangelio nos indica **«las condiciones para entrar en el Reino de los cielos»** y lo hace con esta parábola de las **«diez doncellas»**. La parábola gira en torno a un acontecimiento de la vida cotidiana de aquel tiempo, **«una fiesta de bodas»**, que en Palestina se celebraba con gran pompa.

Comenzaba con la puesta del sol. La novia, esperaba en su casa, acompañada de sus amigas, la llegada del novio. Y el novio acudía a buscarla acompañado de sus familiares y amigos para llevarla a su propia casa. Todo el cortejo se realizaba con antorchas y cantos festivos alusivos a los desposados. Y a la llegada del cortejo a la casa del novio se celebraba el banquete de bodas.

En el presente relato de la boda se dice que cinco de las doncellas eran **«prudentes»** y las otras cinco **«necias»**. Las prudentes llevaron con ellas el aceite para las lámparas, mientras que las necias no lo llevaron. El novio tarda en llegar y todas se adormilan. A medianoche se anuncia la llegada del novio. Entonces las doncellas necias se dan cuenta de que no tenían aceite para las lámparas y se lo piden a las prudentes. Pero estas responden que no pueden dárselo, porque no habría suficiente para todas.

Mientras las necias van en busca del aceite, llega el novio. Las doncellas prudentes entran con él en la sala del banquete y se cierra la puerta. Las doncellas necias regresan demasiado tarde, llaman a la puerta, pero la respuesta es: **«Os lo aseguro: no os conozco»** y se quedan fuera.

¿Qué quiere enseñarnos Jesús con esta parábola? Nos recuerda que debemos estar **«preparados para el encuentro con Él»**, para el acontecimiento decisivo de nuestra **«muerte»**, un acontecimiento **«universal»** del que ninguno nos podemos abstraer. Muchas veces Jesús, en el Evangelio, nos insta a velar y lo hace también hoy cuando al final de la parábola nos dice: **«Velad, porque no sabéis el día ni la hora»**.

Velar no significa solamente no dormir, sino **«estar preparados»**. De hecho, todas las doncellas se duermen antes de que llegue el novio, pero al despertarse algunas están preparadas y otras no. Por aquí anda, pues, el significado de ser **«sabios y prudentes»**.

Se dice en la primera lectura que «fácilmente encuentran la Sabiduría los que la aman y la buscan». La verdadera Sabiduría es encontrar la manera de «dar un sentido a la vida». Dar sentido a la vida es más importante que la vida misma. Y ese sentido no nos viene dado, tenemos que buscarlo. Es la tarea más específicamente humana. Hasta el punto de que no hacerla, nuestra vida puede quedar malograda como tal vida humana.

Es la advertencia de la parábola, ¡Velad! Se trata de no esperar al último momento de nuestra vida para «colaborar con la gracia de Dios», sino de hacerlo desde ya. Nos sería muy provechoso pensar un poco: un día será el último. «Si fuera hoy, ¿cómo estoy preparado, preparada?» Debo hacer esto y esto... Prepararnos como si fuera el último día «nos hace bien».

«El Esposo de la parábola es el Señor» y el tiempo de espera hasta su llegada, es el tiempo que Él nos da, a cada uno de nosotros, con «misericordia y paciencia», antes de su venida final. Es un tiempo de vigilancia, un tiempo en el que debemos tener «encendidas las lámparas de la fe, de la esperanza y de la caridad», un tiempo de tener «abierto el corazón al bien, a la belleza y a la verdad», un tiempo para vivir según Dios, pues no sabemos ni el día ni la hora de su retorno.

«La lámpara es el símbolo de la fe» que ilumina nuestras vidas, mientras que «el aceite es el símbolo del amor», de las obras que alimentan y hacen fecunda y creíble la luz de la fe. La condición para estar preparados para el encuentro con el Señor no es, pues, solo la fe, sino «una vida cristiana rica en amor y caridad hacia el prójimo». Así se entiende que las doncellas sensatas no compartieran el aceite con las necias. «No se trata de egoísmo», sino de que resulta imposible amar en nombre de otra persona o considerar como propia la entrega que otro ha podido realizar. Nuestra lámpara no puede arder, pues, con el aceite de otro.

Se nos pide que estemos preparados para un encuentro bello, «el encuentro con Jesús», un encuentro que se concreta en «apreciar los signos de su presencia», en tener viva nuestra fe «con la oración y con los Sacramentos».

Se nos pide estar vigilantes para no adormecernos, «para no olvidarnos de Dios». La vida de los cristianos dormidos no es una vida feliz y el cristiano debe ser feliz, pues es portador de la alegría de Jesús. Si nos dejamos guiar por la comodidad, por la búsqueda de nuestros intereses, nuestra vida se volverá estéril, incapaz de dar vida a los otros y no acumularemos ninguna reserva de aceite para la lámpara de nuestra fe. Y ésta, la fe, «se apagará en el momento de la venida del Señor o incluso antes».



Si en cambio estamos vigilantes y buscamos hacer el bien, con gestos de amor, de compartir, de servicio al prójimo en dificultades, «viviremos felices» mientras esperamos la llegada del Esposo.

El Señor podrá venir en cualquier momento «sin que el sueño de la muerte nos asuste», porque tendremos una importante reserva de aceite, con las obras buenas acumuladas. Y es que «sólo aprendiendo a vivir se aprende a morir»

La radicalidad de Jesús «nos interpela». Quizás vivamos un tanto adormilados. Quizás no estemos velando en la noche, «esperando la oportunidad de servir», «esperando la Palabra que nos exija liberarnos más». Más bien tememos todo eso, todo lo que nos vaya a arrancar de la dorada mediocridad en la que estamos instalados. ¡No nos durmamos! ¡Que así sea!